LIBRO dot.com

PEDRO, SU MAJESTAD, EMPERADOR
BORIS PILNIAK



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

¡Oh Rusia, pobre Rusia mía!
Tus isbas grises, sin color,
Tus canciones que lleva el viento,
Son como el primer llanto de amor.
Aunque se te ilusione y se te engañe,
¡no morirás, no puedes morir!
A. Blok

"Ya que el Estado, como lo han demostrado los franceses, es, de todas las artes, la Armonía, no sólo materiales, sino también las de espíritu, yo pienso que Su Majestad Piotr Aleksiéievic sólo perniciosos efectos ha causado al Estado Ruso, porque el Gobierno, es decir, la política, no es disolución. Habiendo yo estado muchas veces en Venecia, en París y en las tierras de Flandes, no puedo apartar el pensamiento de mi patria. Su historia es oscura, puesto que los cholopy[1] y la plebe toda están abandonados a condiciones primitivas, mientras que el sliachetsvo,[2] a pesar de que estudia en la Academie des Sciencies, y, por otra parte, tiene reglamentos y ha recibido el conocimiento de toda disciplina, no es otra cosa más que un conjunto de melindrosos y galanteadores, petulantes y extorsionistas, violentos y ladrones, estafadores dilapidadores del tesoro público, por lo que su conciencia se ha corrompido y ha olvidado los buenos preceptos.

"A muy tierna edad separado del pecho materno, recibida mi educación de artillero en el exterior, acostumbrado desde la juventud a beber con desmesura, procuréme solamente, para la edad adulta, tristeza, incredulidad y bribonería. Nuestro Estado ruso perdura en el hambre, la pestilencia, los conflictos y los tumultos."

Así escribía en su diario el oficial superior de la Guardia, Zotov, de la guarnición de la fortaleza Admiralteiskaia, en la secretaría del Colegio de los Almirantes[3]. Las paredes de su oscuro despacho estaban llenas de salivazos desde el zócalo hasta la bóveda. Bajo las pequeñas ventanas empolvadas, en el patio cuadrado, podía uno ver montones de cortezas de tilo, madera de tilo ablandándose en agua, cuerdas, pilas de leña seca. Una fragua llameaba a la izquierda. En el baluarte inferior comenzaba una cortina. En los bastiones, todavía no terminados, paseábase un centinela. Cerca del Neva, en el muelle, estaba el casco podrido de una vieja fragata, muy semejante al esqueleto de un mamut alojado desde hacía mucho tiempo en el Museo de Historia Natural. Al pie de los bastiones y la fragata se concentraba una muchedumbre de trabajadores llegados de todas partes de Rusia, desde Tver, Volodgá, Astrakán, calmucos, tártaros, ucranios, vestidos con gabanes destrozados, calzados con lapti[4] y aun otros descalzos.

La nieve era fangosa y un poco blanda. El viento marino había provocado el deshielo, y los bloques helados del Neva, durante la noche, se habían resquebrajado; en el cielo, pasaban lentamente nubes grises, y el día de marzo se parecía a uno de octubre. En el otro lado del río se perfilaban los pinos aun no talados, como en un desmonte forestal. En la isla Vasilievo-Kirvisari, aquí y allá, se erguían cerradamente los nuevos y espesos bosques recortando el cielo gris.

[1] Campesinos siervos.
[2] Palabra polaca: nobleza.
[3] Ministerio de Marina.
[4] Calzado de corteza de árbol.

En lo alto, sobre la aguja del Almirantazgo, resonaron siete campanadas, e inmediatamente rechinaron las cadenas del puente levadizo. Entró un soldado y puso una negruzca lámpara de aceite sobre la mesa. Por los toques del reloj, el chirriar del puente, el andar del soldado, el modo con que era izada la bandera, Zotov, el oficial de la Guardia, había aprendido a conocer el humor de su soberano.

Y cada vez que Zotov pensaba en Pedro, recorría todo su ser un estremecimiento de tristeza y dolor: volvía a su memoria aquel gris día de enero, en que un pope nonagenario había celebrado el matrimonio de su padre, el príncipe Nikita Zotov,[5] ya ochentón, con la Pavskova, una vieja de sesenta años. El cortejo dispuesto por un decreto imperial se había formado junto al Palacio de Invierno. Al trineo de los "jóvenes" habían sido atados cuatro osos; en el pescante iba un ciervo. Abrían paso el verdugo y el conde Romodanòvski[6], que "siempre estaba borracho". Todos los ministros, la aristocracia, el cuerpo diplomático, presenciaban esta burla impuesta por ley. Los osos, azotados, gruñían ferozmente. El príncipe Nikita había sido cubierto con un traje sacerdotal; estaba semidesnudo, temblaba de frío y se contorsionaba para que el soberano se divirtiera.

Pedro llegó de madrugada a la secretaría del Colegio de los Almirantes, cuando Zotov dormía aún, de bruces sobre la mesa. Un sargento lo despertó. El soberano entró de tricornio, sobretodo civil color verde, muy usado, pantalones negros estrechísimos, calcetines rojos, obra de la emperatriz Catalina, y zapatos alemanes sin tacón. Llevaba los bolsillos del sobretodo y de los pantalones llenos de compases, brújulas, niveles de agua y otros instrumentos que Pedro siempre traía consigo. Caminaba encorvado y con paso enérgico, agitando las manos, separando exageradamente las piernas enjutas, torciéndolas un poco hacia dentro, imitando, por costumbre, a los marineros holandeses: por lo tanto, Su Majestad estaba de buen humor.

El oficial de la Guardia, Zotov, se cuadró. El emperador, siguiendo la moda europea, le estrechó la mano.

Sonaron las cuatro y tres cuartos de la mañana. Por las ventanas se divisaba una oscuridad neblinosa.

El soberano hizo un comentario obsceno y se echó a reír a carcajadas, estrepitosamente, como era su costumbre. Luego examinó un mapa sobre la mesa. Después abrió con su llave el armario que contenía los documentos del Almirantazgo, y con un gesto invitó al oficial Zotov a entrar en él.

-Al no tener yo -le dijo- la posibilidad de presenciar hoy la reunión del Colegio del Almirantazgo, ruego a Vuestra Nobleza esté presente en ella, secretamente, en silence. Tendréis la amabilidad de entregar el informe al jefe del servicio secreto, conde Pedro Andreich.

En ningún tiempo, en ningún lugar ha habido tanto espionaje como en la época de Pedro el Grande, en Rusia.

El oficial de la Guardia, Zotov, entró en el armario haciendo sonar las espuelas y el sable; el soberano olía a sudor y a vodka. Pedro cerró con su llave, y mientras se retiraba, gritó con voz firme:

-Tengo el honor de participar a Vuestra Nobleza el inicio de la navegación. Os ruego que me honréis con vuestra presencia mañana en Palacio.

En el armario faltaban luz y aire; luego, por una hendidura, se filtró un rayo de luz gris. Zotov empezó a fumar en su pipa holandesa, se preparó un asiento amontonando papeles, apoyó la espalda en la madera y se durmió, porque estaba acostumbrado a hacerlo en cualquier posición.

[5] El primer maestro de Pedro el Grande.

[6] Pedro I le dejó al conde Fiodor Romodanòvski las riendas del gobierno, cuando él partió para el exterior.

Hacia las diez comenzó la reunión. Apraksin le pidió a un sargento que fuera por vodka. Zotov aguzó el oído: decían lo que toda Rusia decía, se expresaban como se expresaba Rusia entera... Dijeron que Rusia estaba arruinada, que en el otro lado del Volga se habían apostado los calmucos, que en el Don los cosacos estaban inquietos, que en las aldeas reinaban el hambre y la muerte, que por las estepas peregrinaban los "inocentes"[7] invocando a Cristo, que en la campaña había aparecido el Anticristo...

El conde Pedro Tolstoi, jefe del servicio secreto, llegó al Colegio a las cuatro de la tarde, a relevar a Zotov. También Tolstoi, hombre que había estrangulado en la cámara de suplicios del Almirantazgo y en la fortaleza de Pedro y Pablo a más de un centenar de personas, al sentarse junto a la mesa y mirar el Neva con sus ojos impasibles, hablaba como todos, con vileza y crueldad:

-En la isla Kaivusari-Fomín han descubierto a otro "inocente". Lo han enviado al Almirantazgo, para ser torturado. Después de una pausa larga añadió: Rusia entera está sumergida en llanto. Ven esta noche.

Zotov preguntó:

-¿Es posible creer en los inocentes por amor de Cristo?

Tolstoi miró a su alrededor, clavó la mirada en Zotov y luego dijo en voz baja:

-Yo tengo en ellos la mayor fe.

Dieron las siete y cuarto. El crepúsculo era turbio como fango; el Neva se había hinchado; el viento soplaba del lado del mar: para el alba se temía la inundación.

Zotov atravesó el cuarto desentumeciéndose las piernas, cubiertas con botas que le llegaban hasta la ingle. Se detuvo junto a la puerta y leyó un decreto imperial, amarillento y ensuciado por las moscas:

"Su Majestad el Zar ha dispuesto ordenar por el presente, como ya anteriormente se ordenó, que en los bajeles y demás naves, como asimismo en las galeras que se encuentren en puerto, en Sankt-Piter-Burch, no haya fuego encendido a bordo, etiam no se fume tabaco; y si alguien fuese descubierto en contravención a esta orden, sea azotado; la primera vez recibirá diez golpes de vergajo, atado al mástil mayor, y si insistiese, será pasado bajo la quilla de la nave, y atado luego al mástil mayor, fustigado con ciento cincuenta azotes, y condenado a perpetuidad a trabajos forzados."

Después de haber leído esto, el oficial de la Guardia, Zotov, llenó su pipa y se puso a fumar.

Durmió un poco más, y a media noche hizo un recorrido por los puestos de guardia; los centinelas vigilaban durante veinticuatro horas y no se atrevían a dormir porque sabían que se les castigaría sin piedad; efectuado el relevo y cambiados los oficiales de la patrulla, se dirigió a su casa, que se encontraba en la sección Moskóvskaia, del otro lado del río, en los cuarteles de la Guardia. Rechinaron los puentes levadizos; en el canal murmuraba el agua que corría. La neblina, la humedad, el viento lo oprimían; sus botas se hundían en el barro. En los trechos despejados de agua, las patrullas se cambiaban la consigna convenida; en la isla Kaivusari-Fomín sonaba una campana. Zotov, en la oscuridad, chocó con una pila de madera, con postes que sostenían edificios a media construcción. Desde la prisión, el centinela, asustado, dio el "quién vive".

En el barrio alemán, donde vivían todo género de desgraciados, malhechores y piratas, llegados a Rusia desde todos los países, con la esperanza de hacer fáciles ganancias, se oía el golpear de un martinete.

El viento soplaba obstinado, húmedo y frío.

Después de veinticuatro horas pasadas en la húmeda secretaría, resentido por fastidiosa inacción y el sueño incómodo, Zotov sentía los miembros doloridos, tenía los ojos hinchados y la boca pastosa. Caía una lluvia helada.

[7] Pobres de espíritu, tontos. La creencia popular veía en los "inocentes" a los hombres de Cristo, y en sus frases inconexas encontraba un significado profundo y venerable.

En el cuarto de oficiales de los cuarteles de la Guardia, había bulla, allí cantaban, gritaban y sonaba desentonadamente un órgano: los oficiales habían regresado hacía poco de una reunión donde habían danzado y bebido a sus anchas. Los jóvenes se amontonaban a la entrada de un cuartucho adonde habían arrastrado a una ramera.

El oficial de la Guardia, Zotov, ordenó sus apuntes y se dedicó a escribir su diario sobre la fundación de San Petersburgo, el "Paraíso" de Pedro, esa ciudad horrible, llena de pantanos, nieblas fastidiosas y fiebres palúdicas. En ocasión de la guerra iniciada por casualidad contra los suecos (como todo lo que hacía Pedro), retirados por casualidad a las cercanías de Nienschantz, Pedro, por casualidad, ordenó hacer los cimientos de la fortaleza de Pedro y Pablo en los pantanos del delta del Neva, en la isla de Ienisari, sin pensar para nada en su futuro "paraíso". Esto sucedió hacia 1703, y solamente después de diez años, Sankt-Piter-Burch comenzó a ser construida con la misma resolución, ímpetu y crueldad con que Pedro lo hacía todo.

En primer lugar, aquel "paraíso" debía ser diferente en todo de Moscú. Sankt-Piter-Burch debía ser de piedra: por decreto imperial, el soberano prohibía construir edificios de piedra en cualquier lugar, salvo en Sankt-Piter-Burch, donde las pocas casas que eran de madera, debían ser revestidas con tablas fuertes y pintadas de color marrón.

"Después de la guerra con Turquía fueron conducidos a Sankt-Piter-Burch poquísimos trabajadores; por lo tanto, debéis cuidar de que para el próximo invierno haya aquí el número indicado: de las treinta y cinco ciudades, de los pueblos, de las propiedades de la corona, de los feudos, de las propiedades pertenecientes a personas de todas clases, de las familias de campesinos y bobyli,[8] de todas partes, debe ser conducido por la fuerza, a San Petersburgo, un hombre por cada diez familias".

Los siervos eran conducidos allí a golpes de palos y encadenados; la mano de obra debía llevar "sus instrumentos de carpintería, sus hachas, y cada capataz de diez hombres debía tener un escalpelo y un barreno; los siervos traerían consigo pan y provisiones en la mayor cantidad que fuese posible".

Y los trabajadores padecían hambre, enflaquecían, morían atacados por las epidemias; pocos resistían más de un año a la fatiga; cada año perecían cien mil; la ciudad era construida sobre montañas de huesos humanos.

Las herramientas eran pocas; transportábase la tierra en las faldas de las camisas; faltaba calzado. Los obreros trabajaban con el agua hasta la cintura, habitaban cabañas malolientes; algunos huían, se refugiaban en los bosques, se entregaban al bandolerismo; otros se rebelaban y eran ahorcados a decenas en las murallas de la fortaleza de Pedro y Pablo, como escarmiento para los demás. Fue promulgado el decreto imperial que obligaba a afeitarse a los trabajadores.

Los habitantes vivían del bandidaje. (Pedro amaba a los grandes bribones.) Se vendía y compraba bajo cuerda, lo que era denominado por Pedro "juego de astucia". Escribía: "El gobierno de Kazán no ha mandado más que veinte rublos de la suma que le corresponde cada año, y nos extrañamos de que puedan ser olvidadas esas cosas"; y además amenazaba con el suplicio y la horca.

Los campesinos eran sepultados en el mismo lugar donde exhalaban el último suspiro. Los trabajadores, desnudos, hambrientos, atacados de escorbuto, enloquecían de terror, por los tormentos que sufrían, por no comprender nada.

A los magnates se les prohibió alejarse de la ciudad, sin una autorización especial. Por decreto fue ordenado instalar relojes en todos los edificios imperiales, para que los hombres conocieran el tiempo al toque de las horas. Jefe de la ciudad era el príncipe Menchikov, general gobernador de Ingermanland, lieber Kinder Sacha, como le llamaba Pedro.

Al alba se oyó la alarma. Dispararon los cañones de la Admiralteiskaia y de la fortaleza de Pedro y Pablo. Los oficiales salieron a la explanada; los soldados se volcaron desde los

[8] Siervos de la gleba, solteros o viudos.

cuarteles, y mientras corrían colocaban las bayonetas en sus fusiles. Se oyó un toque de clarín. Se alinearon.

La luz del alba era grisácea. El viento se hizo temible, soplando con violencia por entre tres pinos de tronco desnudo que aun no se habían cortado. Se hablaba de inundaciones: en la isla Vasilievo-Kirvisari había sido arrastrada toda la madera de reserva; en el canal se había ahogado el oficial de la Guardia, Deriabin. El Neva estaba colmado, azul y removido por olas verdes. Alguien dijo que avanzaban los suecos; se habló de insurrecciones. Y la lluvia caía fría, oblicua. Tocaban las campanas de las iglesias. Otra vez fueron disparados los cañones. El general de la guarnición dio órdenes, y cada oficial asumió el mando de una compañía.

Salieron de la explanada y se dirigieron hacia el Italianski dvorets.[9] La mañana era fría, oscura, húmeda y fangosa.

Encontraron a un oficial de enlace a caballo, quien, quitándose el sombrero (y el viento le arrebató la peluca), gritó:

-¡Su Majestad Imperial ha ordenado producir esta alarma con motivo de este primero de abril y del inicio de la navegación! Ordena también ir a Palacio al instante, para una recepción.

El regimiento lanzó un grito de saludo al emperador, y regresó a sus cuarteles.

II

A menudo, manadas de lobos, provenientes de las playas del Neva y los bosques circundantes, invadían San Petersburgo, y despedazaban a los hombres y a sus animales. La inundación había empujado una manada hasta la isla de Místula-Elaguín. Cuando le relataron esto a Pedro, el soberano corrió a dar caza a tales "rarezas" para su Gabinete de Historia Natural, llevando consigo a un centenar de hombres.

En la isla Kaivusari-Fomín, detrás de Kronwerk, junto al barrio tártaro (donde habían sido plantadas en la arena las miserables jurtas[10] de los quirguizes y los calmucos, tribus salvajes arrojadas desde más allá del Volga), un hombre fue encontrado junto a los viejos sauces blancos.

Estaba descalzo, con la cabeza descubierta; tenía una barba gris que le llegaba a la cintura, su rostro era delgado y sereno, y vestía un hábito de monje. Hablaba del soberano; decía que el zar Pedro era el Anticristo, que marcaba a toda su gente, "y quien no tenga esa marca no recibirá con qué nutrirse". Aseguraba que el río Neva invertiría su cauce, que las cataratas del cielo se abrirían y arrasarían a la ciudad maldita por el pueblo. Mostraba a los calmucos la orden del impuesto que debía pagarse para tener derecho a llevar barba, a la manera rusa, es decir una nariz con bigote y barba y la frase "tributo pagado".

Los esbirros, armados de garrotes, se lanzaron sobre el viejo, y éste tuvo que refugiarse detrás de la tienda más próxima, donde lo arrestaron. Pedro, al volver de la caza de lobos, participó en la caza del hombre, y él, en persona, la dirigió. El viejo fue sometido en seguida a proceso, detrás del bastión, y al llegar la noche, lo arrastraron a la cámara de torturas en la fortaleza Admiralteiskaia (en el año veinte, cuando precisamente en el riachuelo Aleksiéievski fue estrangulado el zarevich Aleksiéi, había sido promulgado el decreto imperial que exigía que "todo género de torturas debían efectuarse en la fortaleza Admiralteiskaia").

El conde Tolstoi encontró al viejo en el subterráneo del bastión, en el escritorio de la sala de torturas. La lámpara de aceite de cáñamo ardía débilmente; la estancia era baja, sin ventanas; el cielo raso, de bóveda de ladrillos. Tolstoi se sentó, con las piernas abiertas, junto a la mesa, en la que tamborileaba con sus dedos delgados, y miró al viejo con ojos impasibles,

[9] Palacio Italiano.

[10] Tiendas de cuero o tela de los pueblos nómades de la Siberia oriental.

en silencio. El viejo estaba inmóvil, erguido delante de él. El conde olía a vodka; el viejo, a cebolla y rábanos.

-¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? -preguntó Tolstoi.

-Fui bautizado con el nombre de Tijon, en la parroquia de Bielokolodezki, en la aldea Kolomenskaia.

-¿Crees en la triple aleluya y los dos dedos?[11]

El viejo calló por un instante.

-Sí, creo.

-Acércate, hijo de perra.

El viejo obedeció; el conde le golpeó con la bota en el bajo vientre.

-Reza la oración. Dime, ¿sabes cuándo vendrá el diluvio? ¿Qué fuerza has encontrado con esa medalla? Todas las acciones y palabras le pertenecen al soberano.

-¡Sólo el dios Sabaoth sabe cuándo vendrá el diluvio! Yo no puedo aún predecirlo.

-¡Reza la oración!

Ambos callaron largo rato. Luego tomó la palabra el viejo:

-Conde, escúchame: todo lo que sea conforme a razón tiene fundamento, pero no lo tienen las desdichas. ¿Qué se ha hecho de nuestra tierra? Gritos, lamentos y llanto universal. Sólo corrupción. El pueblo entero está desnudo, la conciencia se vende, la justicia se esconde en los burdeles. ¡Oh Rusia!... ¡Corrupción!... Mi hijo se ha hecho viejo, vemos siempre guerras y más guerras, y los alemanes se nos están adelantando. El zar tiene siempre su pipa en la boca, como un marinero de alta mar; viste a la alemana, se emborracha como un esbirro, es bravucón y blasfema como un tártaro. ¡El zar!... ¡El zar!... ¡Conde!..., ¡ponte a pensar!... Nuestro zar ha sido cambiado, ¡ahora es un alemán! Cuando fue con su séquito a ultramar, llegado al reino de Estocolmo, visitó a aquella reina prostituta, y ella, Ulrika, haciéndole dormir en su lecho, trató con desvergonzados insultos a nuestro soberano; se le pegó al ombligo, y ahora su ombligo es como una olla hirviente; aquella ramera alemana de Estocolmo embrujó a Pedro Aleksieiévich, por lo que él afeitó las barbas, cortó los caftanes, las capas, toda vestidura. ¡Conde!... Muy pronto gravarán con impuestos también el pan, y para ello ya han sido traídas las papeletas. Se ha cambiado el calendario y ahora está al revés. Los heréticos papistas y los luteranos ensucian nuestra fe. Y cuando en el onomástico de la reina prostituta de Estocolmo, Ulrika, príncipes y boyardos le dijeron: "¡Oh reina, por ser hoy tu día, devuélvenos a nuestro soberano!", aquella mujerzuela desvergonzadísima respondió: "Id y ved si aún está vivo, y si lo está lo dejaré ir con vosotros". Aquellos miraron y dijeron: "No le quedan fuerzas, ¡oh reina!". "Pues si no le quedan fuerzas, echadlo al estercolero." Y entonces Aleksaska Ménshikov, escudero y vendedor de Cristo, y Leforte, el alemán, lo asieron y lo encerraron en un tonel embreado, y lo echaron al mar. Y, sin embargo, él se enfureció cruelmente contra los strieltsy.[12] Confinó en un monasterio a Avdotia Fiodorovna, llevó consigo a la hetaira Monsova -¡oh tinieblas universales!-. ¡Todo sirve para reír, para reír, para burla! ¡Corrupción!... ¡Abre tus ojos, conde!...

La llama ardía débil y humeante en la lámpara. Las paredes y el techo estaban empapados de humedad que penetraba en los huesos, y sobre aquéllos se arrastraban los ciempiés. Tolstoi permanecía inmóvil y observaba sin mover una sola pestaña de sus ojos turbios y un poco estrábicos. El viejo había hablado sin un solo momento de descanso. Su rostro estaba pálido; la lámpara crepitaba.

-¡Aproxímate, hijo de perra! ¿Tu apellido?

-Startsev. Tres hijos míos y dos nietos, han muerto en la guerra.

-¿Para cuándo predices el diluvio?

[11] Ritos observados por los raskolniki, es decir, cismáticos, contrario a la reforma del patriarca Nikón.

[12] Los strieltsy eran una milicia formada en tiempos de Aleksiei Mijailovich, padre de Pedro I.

-Cuándo sucederá, sólo Dios lo sabe; pero de venir, claro que vendrá.

-¡Aproxímate, hijo de perra!... ¿Conoces el suplicio de la cuerda?

Una puerta de hierro se abrió de par en par y entró el oficial superior de la Guardia, Zotov. Tambaleándose caminó hacia un escaño, se dejó caer en él pesadamente, apoyó la cabeza en la mesa, y escupió. Luego sacó de su bota una botella de vodka; rió.

-¿Qué te pasa?

-Este día, en el senado, se pelearon Januzinski y Skorniakov; en defensa de éste acudió el excelentísimo Aleksaska Ménshikov. Januzinski tomó de los cabellos al procurador jefe, Skornaiakov, y llamó ladrones a Golodkin, a Safyroy, al excelentísimo Aleksaska Ménshikov! ¡Imagínese qué tumulto! Ménshikov acudió a la emperatriz para presentarle sus quejas, según la antigua costumbre. Después de la recepción, todos estaban confundidos y preocupados. El fiscal en jefe, Miakinin, denunció todo al soberano, quien dijo a Catalina Aleksieievna: "Ménshikov es hijo ilegítimo. Su madre lo parió en estado de culpa; él llevó siempre la vida de un truhán; si no se corrige, córtale la cabeza". La audiencia terminó en un escándalo. Aleksaska llora ahora a los pies de la emperatriz.

Zotov empezó entonces a reír a carcajadas y, borracho, golpeó su cabeza contra la mesa.

-¡Tonto! ¡No has visto que este monstruo se halla bajo la ley imperial!

El rostro rojo de Zotov instantáneamente empalideció; incorporóse; su risa y su ebriedad desaparecieron. Zotov miró a Tolstoi: Tolstoi sonrió con miedo.

-Entonces, Vuestra Nobleza...

-¡Vuestra Excelencia!... -repuso Zotov, y su voz tembló.

Tolstoi, siempre con la misma expresión de miedo, se acercó a la puerta y tiró violentamente del cordón de la campanilla... En el subterráneo retumbó sordamente el sonido. Entró un soldado a la carrera.

-¡Un fusil! -gritó Tolstoi, y aproximándose al viejo-: ¡Acércate, hijo de perra! Cuando...

Zotov lo interrumpió.

-¿No has oído? ¡Te hablan! ¡Camina! -gritó con voz rugiente y golpeó el viejo en la cara, mientras que sus labios rasurados descubrían los dientes.

El soldado volvió a entrar con un fusil, y se cuadró. En ese momento el viejo cayó de rodillas, se arrastró hasta los pies de Tolstoi, aulló como un perro, lloró. La lámpara expandía una luz humosa y escasa.

-¡Hijo mío, ten piedad, no dispares; no dispares, hijo!

Tolstoi entrecerró los ojos:

-¡Fuego! -ordenó.

El anciano gimió, acurrucóse en un rincón; el fusil falló al principio, pero luego disparó fragorosamente, como si fuera un cañón; un humo denso lo invadió todo; la lámpara se apagó: el viejo ya no se lamentaba. El soldado apoyó el fusil en el suelo. La nuca y una oreja del viejo estaban destrozadas; las piernas tenían un temblor convulsivo. El conde abrió tímidamente los ojos y dijo con voz tranquila:

-Que cuelguen a este viejo en la isla Fomín, al otro lado del bastión, en el barrio tártaro, junto al sauce donde fue descubierto, para que sirva de escarmiento.

Cuando Tolstoi y Zotov salieron de la habitación del suplicio y el puente levadizo fue alzado a sus espaldas, Tolstoi murmuró:

-Ha llegado al servicio secreto una carta del general-almirante Apraskin, que dice: "En realidad, nos movemos en todos los asuntos como ciegos y no sabemos a dónde acudir o qué hacer. Todos los asuntos, por lo tanto, están suspendidos. Por todas partes revueltas y bandolerismo".

Sobre San Petersburgo la niebla era espesa como un velo de hielo. En la otra orilla del río, tal vez en Astoria, tocaba una orquesta. Zotov no pudo llegar a ese lugar, se perdió, entró en una cabaña y en ella pasó la noche. En su ánimo había dolor y tristeza.

A la mañana siguiente recibió orden de dirigirse al distrito Kolomenski, en la provincia de Moscú, en calidad de comisario, "para dejarlo en buen Anstalt"[13]. Zotov se emborrachó durante tres días enteros y galopó en caballos de posta, con la epístola del soberano: las cuestiones referentes a los medios de comunicación no tenían la menor importancia cuando se viajaba por orden del emperador.

III

Y cuando se hubo alejado unas ochenta verstas de San Petersburgo, mientras atravesaba en una balsa el río que pasa cerca de Tosná, el oficial superior Zotov tuvo la sensación de encontrarse en la verdadera Rusia, venerable, piadosa, porque en Rusia era Cuaresma, porque en Rusia aparecía nuestra primavera exuberante, tranquila, bendita.

El trayecto desde San Petersburgo hasta Tosná se asemejaba a una ruta por la que había pasado la guerra: esqueletos de hombres y caballos por doquiera, carros desvencijados, árboles abatidos... En Tosná oyó a los boteros hablar de bandoleros organizados en bandas, y no pudo deducir si querían aludir simplemente a los bandoleros o a los soldados del zar.

Después de cruzar el Tosná, en un terreno inmediato a una posada vio arrastrarse por el fango a varios hombres encadenados; los habían afeitado para que no apareciesen con barba ante los ojos del soberano.

El crepúsculo era de un color rojo como de fuego; la brisa primaveral, una suave caricia; la tierra florecida parecía estar cargada de energía. En la posada le sirvieron la comida habitual.

En la otra orilla tañó una campana cuaresmal.

Detrás de una ventana abierta de par en par, cantaba melancólicamente una voz:

"Pedro, al compás de sus golpes, tomó
De cada príncipe rublos cien,
De los boyardos tomó cincuenta,
De los aldeanos, rublos cinco...
De quien sueldo no tiene
Él ha tomado un hijo;
De quien hijos no tiene,
Él ha tomado su mujer...
De quien mujer no tiene,
Él ha tomado su cabeza."

Caía la noche tranquila y serena. Sobre el río volaban las golondrinas, que se zambullían en los rayos calmos y rojos de la tarde.

La tierra estaba envuelta en la primavera y era la Gran Cuaresma. Zotov tuvo, con toda lucidez, la sensación de que, si en San Petersburgo, además de las bacanales, el latrocinio, la prepotencia, la crueldad, las fiebres y las neblinas, aun existía la intención, bastante tonta, de crear una potencia europea, fuera de San Petersburgo, en la inmensa Rusia existía bandolerismo, brutalidad, confusión y rusticidad. El gobierno local, cambiado dos veces; los impuestos, la tasa de capitanía, el acantonamiento a cargo de las aldeas, las exacciones en productos, los reclutamientos, todo confundía y oscurecía a cualquier mente sana.

Los comisarios civiles y militares, los Landrat, los Landrichter, los Kondidator, los Proviantmeister, los gobernadores, los vóivodas, pasaban por sus distritos y provincias corriendo -según su prisa y grado- en un trineo de tres o de seis caballos, hacían preguntas,

[13] Orden (en alemán).

azotaban, ahorcaban; iban afeitados y eran más obscenos que los agentes fiscales tártaros, y, borrachos, a todos hacían objeto de su descarada lubricidad.

Los campesinos temían más que a la peste a esa bien afeitada burocracia, que hedía siempre a vino, que se expresaba con una mezcla de ruso y alemán. Durante el crecimiento de una generación, por doquiera se había sabido que Rusia estaba en guerra, con los turcos, con los suecos, con los persas, consigo misma y con el Don, el Astrakán y lo que estaba más allá del Volga. Las levas sucedían a las levas, los impuestos a los impuestos. Se robaban las campanas de las iglesias, se gravaban los caballos, los baños, las colmenas, las tumbas, las almas[14]. Las cosechas a menudo eran insuficientes; la mano de obra, poca; reinaba el hambre; las mujeres de los soldados se entregaban a una vida disoluta, mientras que sus maridos desertaban, volvían sifilíticos, transformados en borrachos, en fieras y se iban a los bosques, a vivir del pillaje.

La antigua, creyente, pensativa Rusia, con sus leyes, sus cantos heroicos, sus canciones y sus monasterios, parecía haberse replegado en sí misma, haberse escondido por dos siglos.

En una aldea, pasando el Mstá, en Valdai, una mujer se arrojó contra el coche de Zotov y, gritando como una loca, comenzó a lamentarse:

"¡Ay de mí! ¡Ay, infeliz de mí!
¡Oh, si hubiera tenido una navaja afilada!...
No habría dejado caer sobre mi hijo
A esta turba de bandoleros.
Habríale destrozado el pecho al infame,
Le habría extraído el corazón y el hígado,
Le habría cortado el corazón en tres porciones,
Lo habría arrojado a la pocilga fangosa de los cerdos,
¡Y también le habría arrojado el hígado a los puercos!"

-¿Por qué gritas de ese modo, monstruo despeinado? -gritó Zotov.

La mujer se aferró a las ruedas, y dijo en lamentos:

-¡Córtame los pechos, ciégame los ojos, pero devuélveme a mi hijo! Sean mis palabras más altas que el monte, más pesadas que el oro, más duras que la piedra de Alatyr[15]... ¡Demonio espantoso, torbellino de tormenta, ogro tuerto, espíritu burlón, cuervo de mal agüero, bruja aborrecible, Koscei-Jadum[16], todo eso es Pedro, el feroz Anticristo!... ¡Pero llegará la hora de su muerte...!

La aldea se erguía sobre la pendiente de una colina con muchos arces; los techos de las isbas eran de paja y se recalentaban bajo el sol enceguecedor.

Era un caluroso mediodía primaveral. Cantaban las alondras. Era la primavera, gritaban las cornejas; por la tarde en los bosques se lamentaban las lechuzas; chillaban los búhos, soplaba libremente el viento, murmuraban los ríos, los campesinos regresaban con sus arados; en las colinas cantaban las mozas.

El lamento de la mujer duró largo rato, hasta que la aldea desapareció de la vista y sobre el monte se perfiló un blanco monasterio de cinco cúpulas. Y en torno, bajo el cielo, no había más que bosques, campos, malezas.

Después de Moscú, el oficial de la Guardia, Zotov, llegó al galope al distrito Kolomenski, en la Semana Santa. En seguida reconoció los alrededores. Llegó, al fin, el Jueves Santo, hacia el anochecer, al cuartel de Pogost Bielie Kámni. Los mujiks y los soldados debían haber estado informados de su llegada, porque, muy mal equipados y sin

[14] Campesinos de la gleba.
[15] Piedra mágica de los cuentos populares rusos.
[16] Rey legendario, riquísimo y avaro.

afeitar, salieron a su encuentro al son de tambores; los mujiks, muy asustados, le ofrecieron pan y sal y le presentaron una súplica.

El oficial de la Guardia, Zotov, se apeó en el puesto de policía local, "para imponer un buen Anstalt", pero ante él se presentaron el pope y el noble caballero local, Viliashiov se llamaba, rogándole que los acompañara a la misa y luego a casa del pope, para hacer los honores a la cena de esa noche.

La pequeña capilla blanca, de piedra calcárea, estaba situada en lo alto de una colina a orillas del río Oká, y a sus espaldas se extendían bosques, prados y la infinita inmensidad.

Las pequeñas ventanas de mica eran oblicuas, y en el interior algunos severos íconos de color oscuro colgaban de la pared. Hacía mucho que Zotov no entraba en una iglesia (en San Petersburgo los oficios religiosos eran una diversión como cualquier otra) y quedó asombrado por aquella austera y ordenada sencillez. Permaneció de pie, inmóvil, sosteniendo una vela.

En éxtasis, los grupos de mujiks rezaban silenciosamente. Las velas daban una luz débil bajo las bóvedas; la función duró varias horas.

Salieron de la iglesia al anochecer. El cielo azul estaba tachonado de estrellas. Cerca del río, en los prados, cantaban los grillos; en la oscuridad de los campos las codornices se llamaban con sus cantos; de la lejanía llegaba un grito gutural de gallos silvestres.

Las paredes de la isba del pope estaban revocadas con cal; ardía una antorcha; el pope se acercó con miel, pan negro y agua de pozo. Se sentó frente a su huésped y alisóse la barba. Zotov notó que el rostro del sacerdote mostraba señales de cansancio, que en sus ojos había tristeza, dolor y fe. El pope era alto, había dejado atrás la juventud y se comportaba con calma y serenidad. Viliashióv, el odornoriádka, barbudo, se sentaba en la sombra, junto a la estufa.

-Sólo esto tenemos... -dijo el pope-. En San Petersburgo, ciertamente, habrá muchas novedades...

Zotov puso su sable en un rincón, tomó asiento y habló.

La conversación fue breve.

-...Al alejarme del "paraíso" quedé impresionado por la indigencia del pueblo, porque por doquiera no hay más que lamentos, llanto, atropellos y corrupción...

-Es verdad -dijeron a la vez el pope y Viliashióv.

-Su Majestad ha sido proclamado Emperador. En San Petersburgo se celebran las fiestas de la proclamación. La nobleza ha perdido todo su poder y no es más que una amplio adorno de la Asamblea. Su Majestad gobierna sin orden ni sentido, según el capricho de su humor...

-Sí, es verdad... Dices palabras sombrías, Señor. Es verdad -y el pope calló, arreglándose los pliegues de la sotana y la cruz sobre el pecho-. Prueba esta miel... ¿Es cierto lo que hemos oído, que el emperador hace toda clase de cosas raras, como si fuera idiota, y que reza en conciliábulos de bufones, fumando pipas de forma fálica hechas con la cruz de Nikón? ¿Es cierto que el emperador ha desposado a la prostituta de Ménshikov y que mantiene un harén a la moda turca? ¿Estás enterado que sus soldados han azotado aquí hasta sacar sangre a todo el pueblo, a todos los campesinos, por esa mujerzuela disoluta? ¡Pues sábelo! ¿Sabes la canción que aquí se canta? Es así:

"Apenas dos fieras se aparearon...
Justicia e injusticia pelearon entre sí,
Se hirieron, se arañaron...
La injusticia venció por fin,
La justicia al cielo huyó...
La mujer de hocico germano
Por doquiera paseó..."

Sábelo, sabe que no tenemos un zar, sino al Anticristo... Tiene un tic nervioso, es epiléptico. ¡Se pagan impuestos por los baños, por las cabañas, por las tumbas, por los caballos!

-No puedo oír ultrajar a mi soberano... -dijo con voz insegura Zotov.

El pope lo interrumpió incorporándose de un salto, empuñó la cruz con la mano izquierda, y levantó a lo alto la derecha:

-Espera. Mi padre fue a aquella ciudad plagada por la malaria a buscar justicia... ¿No oíste hablar de Tijón Startsev?... Es mi padre...

-No puedo soportar ningún ultraje a mi soberano -repitió Zotov con voz amenazadora, mientras que su rostro viril enrojecía y los labios afeitados se le cubrían de sudor. Se alzó, apretó los puños-. El ultraje a mi soberano...

-Tijón Startsev..., ¿no sabes? ¿O es que al vivir entre lobos aprendiste a aullar como los lobos?...

-¿Aullar como los lobos? -repitió Viliashióv.

El oficial de la Guardia, Zotov, retrocedió hasta la puerta, con los puños apretados atrás de la espalda; empuñó el sable y salió de prisa, golpeándose la frente con el dintel. Por detrás se sintió gritar:

-¿Como los lobos, no es cierto?

En el horizonte se opacó el disco rojo y melancólico de la luna, la última antes de Pascua: todo estaba silencioso y oscuro. A los pies del monte, hacia el Oká, ese río sagrado, cantaban los grillos. Zotov llenó su pipa, la encendió con su yesquero. Y en el tumulto de los recuerdos, de su padre (el desfile bufonesco y ebrio), de Tijón Startsev -también era ése un padre-, de Pedro, de Rusia, de la que había sido alejado para siempre y a la que amaba como a una madre perdida en la infancia, comprendió todo aquello que no podría jamás escribir en su diario, es decir, que él, por fuerza del destino, debía aullar como un lobo, gritar como aquellos lobos a los que Pedro había dado caza con sus perros en la isla Místula-Elaguín.

Era la noche de la Pasión.

IV

Hombre cuya alma encontraba alegría en la acción, hombre de actitudes geniales. Hombre anormal, siempre borracho; sifilítico, neurasténico, sujeto a accesos psicóticos de desesperación y furor, con sus manos había destrozado a su propio hijo. Monarca que nunca supo ponerse frenos, que no comprendía la necesidad de dominarse; un déspota, carente en absoluto del sentido de la responsabilidad, lleno de desprecio por todo, que hasta el último día de su vida no comprendió la lógica de la historia ni la fisiología de la vida nacional; maniático, cobarde; luego de una infancia terrible odiaba todas las tradiciones, aceptaba sólo lo que pareciera novedad, había vivido con extranjeros llegados a Rusia con la esperanza de obtener fáciles ganancias, había adquirido una educación cuartelaria; por todo ideal, se dedicó a adquirir las costumbres de los marineros holandeses; durante toda su vida siguió siendo un niño, aficionado, antes que a nada, al juego, y jugó sin cesar: a la guerra, a las naves, a las asambleas, a las iluminaciones, a Europa; cínico que despreciaba al hombre en sí mismo y en los demás; actor, sí, un actor genial. Como Emperador, amó sobre todo la corrupción; se casó con una prostituta, la concubina de Ménshikov; fue hombre de ideales cuartelarios. Su cuerpo era voluminoso, sucio, siempre sudado, sin gracia; tenía los pies torcidos, las piernas descarnadas, y estaba derruido por el alcohol, el tabaco y la sífilis. Con el correr de los años, se aflojaron las mejillas de su rostro mofletudo y rojo como el de una campesina; sus húmedos labios se secaron, la sífilis le aflojó los párpados rojizos en tal forma, que sus ojos no podían cerrarse del todo; ojos que relucían de locura y ebriedad, y eran feroces e infantiles, exactamente como los de un niño que mira a un gato mientras lo hiere con una aguja, o a un

cerdo dormido a cuyo hocico acerca un hierro candente... No pudo haber sucedido sino de esta manera: Pedro no estaba en sus cabales cuando estranguló a su hijo. Había guerreado durante treinta años -jugando a una guerra loca- solamente porque los potiesnyie[17] habían crecido y la flota se encontraba a disgusto en el río Moskvá y en el lago Preobraozenski.

Corría siempre agitando las manos, balanceándose sobre sus piernas enjutas, imitando los pasos de los marineros holandeses. Vestía con desaseo, sin gusto; rara vez se cambiaba de ropa interior. Le gustaba comer mucho, y comía con las manos, unas inmensas manos pringosas y encallecidas.

En San Petersburgo, durante la noche de Pascua, encendieron un cohete, después de las tres, junto al Palacio de Invierno, y a esta señal se dispararon los cañones de la fortaleza Pedro y Pablo y también los de la Admiralteiskaia. En la isla Kaivusari-Fomín, en la catedral de la Trinidad, entonaron el Te-Déum matutino, se oyó majestuosamente la música de órgano. El soberano, la emperatriz, los ministros y los cortesanos celebraron allí la Pascua, según el ceremonial ortodoxo. Pedro vestía un negro sobretodo con botones de cuerno, calzaba botas y cantaba en el coro con una débil voz de barítono; la función había sido demorada porque por la tarde el emperador dormía. Cuando se formó el cortejo en la iglesia, con cruces y estandartes, Pedro se retiró para dirigir los fuegos artificiales: el jefe de los pirotécnicos, Demidov, encendió las luces de aceite de una gran águila de dos cabezas, de la que saltó un cohete que golpeó a un león y le prendió fuego: el león estalló con sordo ruido y se hizo mil pedazos: esto simbolizaba la victoria del águila -la potencia rusa- sobre el león -el rey sueco-, enemigo suyo desde tiempos inmemoriales, y el aniquilamiento de sus intenciones militares.

Rugieron los cañones.

La noche era oscura, sin viento; caía una lluvia helada. Más allá de la plaza del Kronwark y el Gostini-dvor, en el barrio tártaro, junto al sauce con el ahorcado, quirguizes y calmucos golpeados por trozos del águila y el león, aún en llamas, yacían en el suelo, aterrorizados.

Los cañones dispararon durante toda la noche.

El estandarte estaba enarbolado desde la medianoche. Los hombres se besaban en los labios, en nombre de Cristo, mientras que a las mujeres se les besaba la mano. Terminada la función litúrgica, frente a la iglesia se alinearon los ejecutantes de tímpanos, cornetas, oboes y tambores, que dieron a Su Majestad el augurio de felicidad y precedieron la procesión que marchaba hacia el Neva, para después dirigirse al Jardín de Verano, en la isla de Peruzín, donde había sido concertada la fiesta. El Neva estaba en creciente, movido por oleadas blanquecinas, y desierto; en las naves ardían débilmente las linternas; silbaban, cambiándose señales, las patrullas.

La tarde que precedió a la función de Pascua, Pedro había estado en el palacio italiano, en su gabinete de trabajo. En la habitación, casi a la altura de un hombre, había extendida una amplia sábana, porque Su Majestad tenía una morbosa antipatía por las estancias demasiado altas. En la mesa, frente a Pedro, ardían las velas; todo estaba sumido en la penumbra, y olía a sudor, a vodka, a humedad. En los rincones, en las mesas, en los alféizares, entre el polvo, estaban amontonados todo género de objetos, un globo terráqueo, un astrolabio, fusiles, el modelo de una nave, zapatos, un incómodo catre de campaña. Sobre una estantería había alineados monstruos y rarezas; fetos en alcohol, de hombres y animales, recogidos con afán por Pedro para el Museo de Historia Natural y de los que se hace mención en un decreto imperial: "Sobre la entrega a las autoridades de partes deformes de hombres y animales, como así mismo de objetos extraordinarios hallados, por cuanto es cosa conocida que, así como en la naturaleza humana sucede, acaece etiam entre los pájaros y las bestias que nazcan monstruos".

[17] Compañeros de los primeros juegos bélicos infantiles de Pedro, que luego formaron los dos primeros regimientos de la Guardia.

Pedro se sentó junto a la mesa y se puso a copiar de un manual titulado Manera de escribir las felicitaciones una carta de augurios para Romodanovski, en Moscú: estaba encorvado, con un gorro en la cabeza y una corta camisa rota, impregnada de rancio sudor bajo las axilas.

Junto a la puerta permanecían cuadrados los centinelas y miraban de costado, como caballos en el establo.

El soberano escribió:

"Estimadísimo señor: Urgido por filial deber, no puedo dejar, en ocasión de las por divina bondad iniciadas santas fiestas Pascuales, de augurarle toda suerte de felicidades. ¡Que la gracia del Omnipotente, oh estimado señor, os dé, no sólo esto, sino también, en lo sucesivo..."

Se detuvo al pensar que tal vez en Moscú podía haber un manual epistolar como el suyo. Firmó:

"De Vuestra Alteza, humildísimo siervo, Kneeb Piter Komandor".

En la estancia sonó el cuco del reloj. Pedro se alejó de la mesa y dijo:

-¿Has oído?

Poluboiarinov hizo una venia y salió de la estancia; poco después regresó con un cántaro de vodka, rábanos y coles fermentadas en una bandeja. Pedro preparó un tablero y movió un peón; frente al rey estaba Orlóv, aquel mismo por quien había hallado la muerte la amante de Pedro, María Hamilton. Pedro no era celoso y gustosamente compartía sus amantes con sus amigos. María había descuidado las órdenes del soberano, con Orlóv, pero amaba a Pedro, y éste la había enviado al patíbulo. Él había estado presente en la ejecución, y junto al estrado fatal se había despedido de María con un abrazo. La repudiada vestía un traje blanco con cintas negras. Y cuando el verdugo le hubo cortado la cabeza, Pedro la levantó e hizo a los presentes una brillante explicación sobre la estructura anatómica de la garganta, y luego, acercando aquel despojo a su boca, puso sobre los labios muertos sus propios labios, con los que antes había besado a la joven de manera tan distinta. Luego se persignó y escapó corriendo hacia el astillero, tambaleándose, con la cabeza descubierta, como hacía siempre que el aire era templado.

El soberano bebió vodka, comió un rábano, y movió el peón amenazando al rey, luego el alfil negro y un caballo. El caballo amenazó a la vez a la torre y la dama. Pedro lanzó una carcajada. Pero le fue imposible terminar la partida: llegaron el tesorero y el *projecteur*, el escritor imperial Mitiúkov. Éste se quedó de pie, junto a la puerta baja, inclinándose servilmente, vestido con un traje alquilado y una peluca de la que se escapaban rizos de cabellos rojizos.

Pedro dijo:

-*Guten Abend*.

Mitiúkov se dobló como bandera al viento.

-Toma *la place* -dijo Pedro-. Siéntate.

El escritor se sentó en el borde de la silla, apoyando las manos sobre las rodillas. Las sucias medias asomaban por encima de las botas, habidas en préstamo.

-Di lo que tengas que decir.

-Majestad Imperial, habiendo querido serviros siempre...

-No a mí, sino al Estado, al que yo mismo sirvo, puesto que como artillero he comenzado en la primera campaña de Azov. ¡Habla bien!

Y el miserable soltó un profundo suspiro.

-Como el pueblo está gravado con impuestos adecuados, sobre las cabezas de ganado, los sombreros, los baños, las barbas, he pensado imponer una tasa a los fumadores, obligando a que todos fumen tabaco, y quien no quiera hacerlo, pague un tributo según su dignidad y su grado.

Pedro se encorvó hacia Mitiúkov; clavó sus ojos salvajes en los inquietos de él, rió, gritó:

-¡Orlóv!

Orlóv se incorporó junto a la mesa, con sus manos en las rayas de los pantalones.

-Póngase a este individuo en una habitación bajo vigilancia: désele una pipa para que fume tabaco fuerte, sin interrupción, toda la noche. Vigíleselo sin descanso. Si tiene náuseas, echadlo a puntapiés, después de haberle propinado veinte bastonazos; si, en cambio, lo soporta, que se le lleve papel, a la madrugada, para que pueda escribir su proyecto, que someterá por la tarde a mi aprobación.

Mitiúkov, pálido, casi se desvaneció; se le aflojaron las piernas. Orlóv lo tomó de un hombro y lo arrastró al fondo de la estancia, donde había una puerta secreta. Pedro se rió alegremente, y con las manos detrás de la espalda, los vio alejarse.

Poluboiarinov trajo más vodka, que el soberano bebió. Sentóse junto a la mesa y leyó. Las velas brillaban con una luz incierta y humeante. Cerca del tablero, sobre la sucia mesa, cubierta de mendrugos, naipes, hojas, ceniza, sobras de rábanos, apoyábase la mano grande y callosa de Pedro, con uñas semejantes a las de un caballo. Pedro estaba en la oscuridad. A poco volvió a entrar Orlóv, que anunció:

-Mitiúkov vomita, Majestad.

Pedro no respondió. Orlóv lo miró fijamente. El soberano apoyó la cabeza, cubierta de espesos cabellos y roja como la de un campesino, en el respaldar de la poltrona; sus ojos entrecerrados tenían una mirada vítrea: el soberano dormía. Roncó como una mujer, silbando débilmente. Orlóv quedó de guardia y se durmió de pie. Todo era silencio... Y precisamente bajo el gabinete imperial, en un subterráneo, Mitiúkov era presa de espantosos vómitos.

Despuntó una mañana pálida, floja, desolada, triste como el otoño.

Se había preparado una fiesta en el Jardín de Verano de la isla Peruzin-Admiralteiski. El soberano estaba ebrio desde por la mañana. Había ordenado que junto a las verjas fueran colocados centinelas, para que nadie pudiera alejarse del jardín antes de la medianoche. El parque había sido construido según la moda extranjera, con débiles arbolillos, pavillons hacia el Neva, fuentes, pequeñas casas de placer de techo aguzado y cubierto de tejas, como las cabañas holandesas. El día era frío y triste. La recepción debía tener lugar al aire libre. Pedro en persona actuaba de mayordomo. Por las alamedas pasaban soldados con vasijas llenas de aguardiente y huevos pintados, regalos del soberano: solemnizaban la Pascua con jarros de vodka. Los hombres se colocaron detrás de mesas largas y estrechas, en el pavillon central: las mujeres, aparte, junto a la fuente, detrás de la alameda de las estatuas.

El emperador -que oficiaba como mayordomo- comía y bebía de pie, vertía en la cabeza de la dúrakniazna Golítsyna[18] las sobras de cada bandeja. Las copas se vaciaban rápidamente, y las mujeres no bebían menos que los hombres. Bien pronto se advirtió entre ellas un gran bullicio: era la emperatriz, que en un acceso de ternura (¿de ternura o de odio?) hacía cosquillas a la nueva favorita del soberano, la joven Rumiántseva, que se debatía y soltaba pequeños gritos, mientras todos a su alrededor reían.

Las mujeres de la corte vestían desgarbados vestidos hechos en casa con costosas telas, que no se asemejaban ni a los extranjeros ni a los rusos, sino, más bien, a los trajes de las mujeres de la pequeña burguesía enriquecida de Holanda, a los de las mujeres de los marineros que se divierten con otros cuando sus maridos están ausentes. Los peinados estaban un tanto descompuestos; por los rostros rubicundos se escurría el sudor; sobre los hombros amplios y lozanos resbalaban los trajes.

Entonaron un canto convival descarado, que recordaba el que las campesinas entonan al cortar las coles. El soberano estaba completamente dominado por la embriaguez; perdía poco a poco el dominio sobre sí mismo. Advirtió que el viejo príncipe Trubetskoi, hombre chapado a la antigua, había tomado furtivamente una porción extra de postre; y llamó a gritos a los soldados de la guardia, hizo abrir a viva fuerza la boca del viejo, y se la llenó febrilmente de helado, hasta que el pobre quedó casi desvanecido.

[18] Bufona de la corte, princesa Golítsyna.

Librodot

La música tomó ritmo de baile; los oficiales saltaron hacia las mujeres, éstas gritaron, se estrecharon en un grupo; ellos las tocaban, se empujaban, y, ebrios, apretábanles fuertemente los senos, acompañaban el ritmo del minué con el golpear de los pies.

Januzinski, el francés galante, abofeteó a su nueva mujer. Algunos de los más viejos dormían ya bajo las mesas. Los popes, sin mayor apuro, terminaban de beber todo lo que quedaba aún, y olían a coles fermentadas. El padre Buturlin, príncipe de nacimiento, en un pavillon, bendecía con el "águila"[19] y una cruz fálica. El soberano dio órdenes a los lacayos, preparó el buffet con refrescos y tinas de agua para rociar a los desvanecidos: su sobretodo nuevo con botones de cuerno estaba manchado de grasa y sucio de arena. Pedro se acercó a Buturlin, bebió en la gran "águila" y se lanzó al remolino de la danza, mirando alrededor con ojos turbios y ceñudos: vio a la Rumiántseva, sobre sus labios resecos pasó una sonrisa, y sus ojos, bajo los ardientes párpados entrecerrados, adquirieron una expresión violenta... Corrió hacia ella, la sujetó, la levantó en sus brazos, y alzándole las faldas a medida que corría, y desgarrándole la ropa interior, escapó con su presa hacia una de las pequeñas casas de placer; descendió a un botecillo, y bogando hacia el presa hacia una de las pequeñas casas de placer; descendió a un botecillo, y bogando hacia el refugio, gritó a la emperatriz:

-¡Catalinota, estúpida! Exemple! Ordenamos que calléis.

Poco después volvió la Rumiántseva, tumefacta, descompuesta, arreglándose el vestido, como una gallina después de la violencia del gallo. La emperatriz se le acercó; parlotearon vivamente entre ellas.

El soberano hizo llamar a Tolstoi a la orilla del lago. Pedro estaba sentado sobre una mesa, con las piernas enjutas puestas sobre un pequeño diván, sin sobretodo, y sonreía turbiamente... Tolstoi se detuvo junto a la puerta y con temor fijó sus ojos en aquellos ojos oblicuos e impasibles.

-Petka... Excelencia... ¡Hermoso asunto! Todos saben que Iván Músin Pushkin es hijo de Su Majestad el zar, mi padre. No puedo saber, en cambio, quién ha sido mi verdadero padre; dicen que Tijón Stresniov o un doctor... Puesto que tú, Excelencia, eres el jefe del servicio secreto, haz sobre este asunto indagaciones rapidísimas, sin vacilaciones.

-Así se hará, padrecito.

-¡Nada de padrecito, sino emperador!... ¿Lo has entendido? Tu misión es la de dirigir, y nada más, y si no cumples como es debido, responderás ante Dios y ante un tribunal. Espera. En la isla fue arrestado un profeta que predicaba el diluvio y mi substitución. ¿Dónde está ese vidente?

-Ha sido ajusticiado, Majestad.

-¿Por orden de quién? ¿Cuáles eran las circunstancias? ¿Para cuándo preveía el diluvio?

-No lo dijo, Majestad. El oficial Zotov, de la Guardia, estaba presente, se indignó por ciertas palabras... Con un fusil... -y los ojos impasibles de Tolstoi temblaron.

Pedro de un salto se puso de pie, doblando hacia atrás la pierna derecha espasmódicamente extendida; su rostro se desfiguró con un temblor convulsivo; torció el mentón; sus ojos tenían una mirada de oscura, impotente y dolorosa ferocidad.

-¿Por orden de quién? ¿Con qué formalidades? ¿Es una revuelta ésta? ¡Tolstoi, descuartizado! ¡Zotov, a la cuerda!...

Tolstoi huyó; sin reparar en el bote, se arrojó al agua, gritó dirigiéndose a la emperatriz:

-¡Madrecita, estoy perdido!...

Y Catalina se dirigió hacia Pedro. Su Majestad estaba de pie, con los brazos abiertos; el mentón, torcido convulsivamente hacia la izquierda, casi rozaba el hombro, su mirada parecía extraviada como la de un niño. Solamente Catalina sabía calmarlo en momentos semejantes.

[19] La copa de Pedro el Grande.

Tomó con sus manos la cabeza de Pedro, se la estrechó contra su pecho, y en silencio le rascó detrás de las orejas. Luego sentóse al lado del soberano, le dobló la cabeza sobre su regazo, siguió rascándolo. El emperador se durmió como un niño.

Sobre el Neva desierto, desbordado en un largo trecho, y frío, los marineros navegaban en pequeños botes. De los escasos campanarios llegaban algunas campanadas. En la isla Vasilievo-Kirvisari, donde raleaban los pinos, grupos de trabajadores, jóvenes y niñas, entrelazaban danzas.

Empezó a llover.

Las mujeres se cobijaron bajo los pavillons y las pérgolas, porque en la verja había un piquete que tenía orden de no dejar pasar a nadie antes de la medianoche. Doquiera soplase un poco de viento húmedo se encolerizaba el Neva. Era el día Pascual, húmedo, gris, palúdico, de San Petersburgo.

En Nikola, es decir, en Bielyie Kamni, soplaban vientos templados y vivificantes aquel día. En la tierra, sobre los campos, sobre los bosques, sobre los valles resecos, sobre los arenales, sobre nuestros ríos, los ríos rusos, se expandía la primavera, el gran gozo terrestre. El sol infinito se había levantado rojo y jubiloso. En aquel día luminoso, las niñas entonaban cantos a la primavera.

En Nikola, bajo el sol, y durante la noche hasta el sol nuevo, cantaron las mozas. La aurora se engalanaba con sus túnicas rojas; los crepúsculos eran oscuros como los nenúfares del pantano. Las mozas cantaban:

Me vestiré con nubes,
Me ceñiré de roja aurora,
Me cubriré con lunas blancas,
Me adornaré con todas las estrellas,
¡Y resplandecerá el rojo sol!...
¡Oh!, tú que galopas, trueno resonante, con fuego poderoso,
Calienta con tu dardo retumbante a Nuestra Madre,
la Madre-Húmeda-Tierra...
Y las jóvenes que cantaban ahora, seguirán cantando dos siglos por delante.

Librodot